

Del temor a la ternura

Por Rodrigo G. LLanos Gómez

Este año se ha dado para mí una coincidencia especialmente luminosa: el estudio de los libros sapienciales del Antiguo Testamento ha venido a encontrarse con la Navidad, la fiesta en la que celebramos el misterio más desconcertante de la fe cristiana: Dios se hizo hombre.

Nada más. Y nada menos.

De esa convergencia nace esta reflexión. *Del temor a la ternura* no describe un cambio psicológico ni una simple evolución afectiva. Nombra una pedagogía divina. El mismo Dios que despierta reverencia absoluta es el Dios que, en Belén, se deja mirar, tocar y tomar en brazos.

En la Escritura, el temor de Dios —*yir'ah YHWH*— no significa miedo servil. Es reverencia obediente ante la santidad divina. Es la conciencia de que la vida no se posee, sino que se recibe; de que el hombre no es su propio fundamento; de que la criatura sólo se comprende de verdad cuando reconoce al Creador.

Por eso los libros sapienciales repiten con tanta fuerza que “el temor del Señor es el principio de la sabiduría”. La frase no es un adorno piadoso. Es una clave para entender al hombre: empezamos a ser sabios cuando aceptamos que no somos Dios.

Ese temor no encierra al hombre ni lo empequeñece. Le recuerda su lugar ante Dios y, precisamente por eso, le abre un camino de verdad.

En Proverbios, Job, Eclesiastés, Sirácida y Sabiduría, el temor de Dios aparece como principio, como fundamento del orden moral y como aceptación humilde de la propia condición. Pero desde el inicio conviene precisarlo: el temor bíblico no es terror. Está vinculado con la vida, la paz, la fidelidad, la amistad con Dios y la purificación del corazón ante el misterio.

Poco a poco, ese temor se va afinando. Deja de parecer una distancia infranqueable y comienza a volverse relación. Sigue siendo reverencia, pero una reverencia habitada por la confianza.

El libro de la Sabiduría lleva esta intuición un poco más lejos. Allí la Sabiduría no aparece sólo como norma exterior ni como doctrina que instruye desde lejos. Es amiga del hombre, habita entre los mortales, guía



con suavidad y refleja la bondad divina. La trascendencia de Dios no desaparece, pero se muestra como cercanía que educa.

Así se prepara lo inaudito. La sabiduría bíblica dispone el corazón humano para comprender que la santidad de Dios no es enemiga de su cercanía.

Y entonces llega Belén.

En el pesebre acontece lo que nadie habría podido deducir por sí solo: el Dios santo se hace niño. El Dios ante quien se tiembla aparece envuelto en pañales. El Totalmente Otro entra en la historia bajo la forma de la fragilidad. Quien sostiene el universo queda confiado a los brazos de María.

No se trata de que el temor de Dios quede abolido. En Belén no desaparece la santidad divina; se revela su forma más alta. La grandeza de Dios no se impone como distancia, sino como amor que desciende. Su majestad no queda disminuida por la humildad del pesebre; al contrario, allí se manifiesta de un modo que la sola razón no habría podido imaginar.

Aquí nace la ternura teológica.

No hablo de una ternura sentimental ni de una dulzura superficial. Hablo de la condescendencia amorosa de Dios: el Infinito que no aplasta al hombre con su grandeza, sino que se abaja para levantarlo. La ternura es la forma concreta que adopta la trascendencia cuando se comunica plenamente. En Cristo, Dios no se vuelve menos Dios por acercarse al hombre; revela que su omnipotencia es inseparable de su amor.

Por eso el temor no desaparece. Se transfigura.

Ante el Niño de Belén, el hombre ya no se sitúa sólo como criatura ante su Creador, sino como hijo llamado a la comunión. La adoración sigue siendo necesaria, pero ahora tiene un rostro. Ya no es sólo silencio ante el misterio; es también confianza, gratitud y amor.

San Juan lo expresa con radical claridad: “El amor perfecto expulsa el temor” (1 Jn 4,18). No porque Dios deje de ser santo, sino porque se ha revelado como Padre. No porque el hombre pueda tratar a Dios con familiaridad banal, sino porque el Hijo lo introduce en una relación nueva.

El Verbo no anula la sabiduría; la cumple. No destruye el temor; lo eleva. No sustituye la reverencia por sentimentalismo; la convierte en adoración filial.



Así se entiende mejor el camino. El temor de Dios educa al hombre en la verdad de su condición. La Sabiduría lo dispone para acoger la cercanía divina. La Encarnación revela que la santidad de Dios culmina en ternura.

Del temor a la ternura no es, por tanto, un tránsito de negación, sino de plenitud. El temor fue el lenguaje inicial de la sabiduría. La ternura es el lenguaje definitivo del Dios que se ha hecho carne.

No se teme menos a Dios; se le teme mejor, porque ahora se le ama.

El temor nos enseñó a obedecer. La ternura nos enseña a amar sin dejar de adorar.

Tal vez ésta sea una de las gracias más hondas de la Navidad: descubrir que Dios no venció nuestra distancia aumentando su poder ante nosotros, sino acercándose hasta nuestra pobreza. No vino a intimidar al hombre, sino a salvarlo. No vino a recordarnos simplemente que somos pequeños, sino a mostrarnos que nuestra pequeñez puede ser abrazada por Él.

Por eso Belén no cancela la reverencia. La vuelve más pura. Ante el Niño no cabe la arrogancia, pero tampoco el miedo servil. Cabe la adoración confiada de quien descubre que la majestad de Dios se ha hecho ternura sin dejar de ser majestad.

¡Alabado sea el Señor! Con todo mi cariño, les deseo una muy feliz Navidad..

23 de diciembre 2026

